

**A** Luis Enrique Délano le debo un viaje por la noche soñolienta de Montevideo. Con recalcadas en sus tabernas vecinas al puerto, envueltas en la niebla del tabaco y el canturreo de un tango. Y poblados con personajes arrancados de *El Astillero*. La gracia es que **Juan Carlos Onetti** era nuestro guía, gracias al prodigio de la amistad de Délano.

Un viaje inaugural de LAN nos había llevado a la capital uruguaya. En la sala de entrada del Victoria Plaza, dejamos conversando, alrededor de una taza de té, a **Rodrigo Aburto**, director del *Diario Ilustrado*, y a **Orlando Millas**, director de *El Siglo*. Uno conservador, anticomunista, y otro comunista. Todos los periodistas invitados salieron a aventurar la noche, salvo ellos, diferentes en ideologías, pero hermanados en hábitos. Y en tolerancia.

Délano, que en aquellos años era director de la revista *Vistazo*, rastreó conocidos en una vieja libreta con teléfonos, y llegó con la nueva a **Lenka Franulic** y yo, que esperábamos sus resultados: "Onetti nos va pasar a buscar".

Esa noche pude apreciar el encanto de la conversación de Délano, que no era detonante. Se iba insinuando después de una pausa. Con gracia, emoción y picardía en sus vivencias. Onetti mantenía silencios, pero quedaba atrapado en la trampa que le tendían las palabras de Lenka y Délano al mencionarse personajes comunes, y aportaba lo suyo.

Délano "contador del mar" como lo llamase Gabriela Mistral en uno de sus *Recados*, (hombres de mar, decía ella, hemos tenido muchos, contadores de mar parece que ninguno, antes de **Augusto D'Halmar**, **Salvador Reyes** y **Délano**), fue periodista, poeta y novelista con 21 obras publicadas, cónsul en México y Nueva York, embajador en Suecia, frecuente exiliado (**González Videla**, primero, y más tarde **Pinochet**, le cortaron su inspiración diplomática). Pero nada mejor que sus relatos. El se sonreía cuando le alababan su talento en el genio memorialista.

El elogio surtió efecto, porque fue un empujón para empezar a recordar y a escribir memorias sobre distintas etapas de su variada existencia. Comenzó con su etapa de *Aprendiz de escritor*, cuando entre los 17 y los 27 años se esforzaba "para llegar a ser un hombre de letras". Con modestia aclaraba que eso no significaba que en esa década haya dado por terminado su aprendizaje. Son estas páginas —donde asoman **Salvador Reyes**, **Pablo Neruda**, **Vicente Huidobro**, **Benjamín Subercaseaux**, **Alberto Romero**, **Roberto Meza Fuentes**— las que hoy se publican en Chile, editadas por *Pluma y Pincel*.

**José Miguel Varas**, que en años mozos escribiera *Cahuin* —que debería ser reeditada—, conoció a Délano en *Vistazo*, y nadie mejor que él para escribir el que llama "Un prólogo innecesario". Pero necesario para un país que lee muy poco y no practica la memoria. Délano murió hace diez años, lo que basta para

El hombre de las mil anécdotas

# Luis Enrique Délano regresa a conversar

HERNAN MILLAS

*Quien fuese destacado periodista, ameno novelista, diplomático y casi exiliado profesional, habla de sus años mozos. Cuando por dos pesos 50 se podía conocer a Neruda comiendo en el Jote. Cuando a Huidobro se le olvidaba el castellano. Cuando el mismo Délano le "paraba el carro" a Benjamín Subercaseaux.*



A fines de la década del 30, con su hijo Poli, hoy escritor.

que muchos no lo recuerden. Entre a una librería a preguntar por su novela *Lucas en la isla*, o cualquiera otra y le pondrán cara de interrogación.

Varas, que pertenece a su misma cofradía humana, dice que lo hizo "a pedido de **Poli Délano** (hijo único de Luis Enrique) y del editor del libro, el

poeta **Fernando Quilodrán**, como un ejercicio de la memoria y del afecto".

Primera travesura, y que puede ser muy cierta, es lo que dice Varas acerca de estas memorias juveniles: "Me complace imaginar que fueron sometidas a la consideración vigilante de su amigo y compañero Perico.

Así parecen indicarlo, por lo demás, ciertas rasmilladuras que presenta, en su parte superior, la carpeta en cuyo interior se encuentran los originales". "La convivencia entre Luis Enrique y Perico durante el exilio mexicano fue cotidiana e intensa", agrega Varas. "Ambos comían juntos, no sin encochinamiento de manteles

y dispersión de grumos y partículas de alimentos por parte de Perico, que de modales no tenía idea".

De este *Perico*, un loro del que se hizo en México, Varas cuenta que Délano intentó adiestrarlo en el uso del lenguaje, con expresiones breves y patrióticas como "Viva Chile", pero Perico mudo. Por deferencia a su origen mexicano, cada vez que lo instaba a repetir "Viva Chile", Délano agregaba la expresión frecuente en tierras aztecas "Andele, licenciado". Perico nada. Y así largo tiempo... Hasta que un día consiguió que por lo menos, Perico se dignase responderle con un "¡Andele, licenciado!".

La anécdota sirve para conocer a Délano íntimo, donde no sólo se encará con un Perico, sino también con Waikiki, Pelele, Poroto Pérez "y otros perros históricos de diversas dinastías.

Varas lamenta que ese "trabajador prodigioso" que fue Délano, no hubiese completado sus memorias, cuando sus cuentos y artículos no incluidos en libros llega al millar. Queda corto, porque el mismo Délano admite que sólo su columna del diario *El Día*, de México, "llegó a publicarse durante 475 semanas seguidas". Habría que empezar a hurgar en las viejas colecciones de *El Mercurio*, donde escribió entre los años 1929 a 1936. A partir de 1934 sus notas, enviadas desde Madrid, aparecían todas las semanas.

El prologuista entrega facetas personales de Délano, a quien muchas veces visitó en su casa—buque, que levantó en un acantilado de Cartagena. Y, al hablar de él, necesariamente debe mencionar a **Lola Falcón**, que fue su esposa durante más de 50 años, pareciendo siempre novios.

## Pololeo en Chonchi

"Ella era una caminante perpetua y una infatigable excursionista", dice Varas. "El prefería observar y trabajar sin moverse de su cabina. En el debate, Lola invocaba las virtudes higiénicas del paseo pedestre. Luis Enrique replicaba con alusiones burlescas a los *boy-scouts* y a las *girl-guides*. Llegó incluso a recortar de una revista un retrato de **Baden Powell**, el fundador del movimiento scoutivo mundial, y lo pegó a la cabecera de la cama de Lola, quien se manifestó indignada, pero nunca lo retiró de allí".

Ellos se habían conocido en Chonchi, y su hábitat no podía ser más literario.

Lola se lo cuenta a Varas. Su familia había llegado hacía poco de Francia. Menciona a quienes frecuentaban su casa: el pintor **Isaías Cabezón**, los escritores **Tomás Lago**, **Diego Muñoz**, **Rubén Azócar** (cuya hermana **Albertina** sería la musa juvenil que le inspiraría a Neruda el "Poema 15" y que después sería esposa del poeta **Angel Cruchaga**) y el poeta **Alberto Rojas Jiménez** (que Neruda recordaría en su elegía "Alberto Rojas Jiménez viene volando").

"Cuando se acercaba nuestro primer verano en Chile, mi madre preguntó con inocencia: ¿Y a dónde se puede ir a veranear en este país?, evoca Lola. Rubén

Azócar respondió instantáneamente: ¡En Chonchi!”.

El destino hizo el resto. Délano había conseguido un viaje de turismo, “probablemente como pago de colaboraciones en la revista *En Viaje*, que editaba Ferrocarriles. Su plan era llegar hasta Ancud, pero en la estación Alameda se encontró con Azócar, que iba como avanzada a arrendar una pieza en Chonchi para la familia Falcón. Y Azócar lo convenció de que cambiase Ancud por Chonchi. Allí Délano conoció a Lola y ambos se enamoraron.

## Heredaba a Neruda

Muchos personajes que menciona Neruda en *Confieso que he vivido*, pasan después a las páginas de Délano, quien como era más joven los conoce años más tarde. Así Neruda menciona a **Romeo Murga**, el poeta que fue su compañero de pensión en calle Marufi, “mucho más alto y desgarbado que yo”. Ambos fueron a leer sus poesías a los Juegos Florales de San Bernardo, donde todo era una fiesta alegre, con una reina “con su corte blanca y rubia”. Neruda los disgustó al recitar sus versos “con la voz más quejumbrosa del mundo”, pero al ver entrar a Murga, “aquel quijote de dos metros de altura, de ropa oscura y raída, y empezar su lectura con voz aún más quejumbrosa, el público en masa no pudo ya contener su

que vivía en otra pensión muy pobre con Rojas Jiménez y Tomás Lago, pero no los encontraron. “Un día fuimos a visitar a Alone, que trabajaba en una oficina del Registro Civil, en un viejo edificio de la Alameda, delante de La Moneda: un hombre pálido, de cara alargada y mentón cuadrado. Habló de algo, no recuerdo qué, que le había disgustado mucho en *Claridad*, y dijo que nunca volvería a escribir en esa revista”.

Más conocidos. “Una mañana, justo frente a la Universidad, nos encontramos con un joven totalmente vestido de negro, con sombrero alón parecido al de Murga. Era **Eugenio González**, cuya historia de luchas estudiantiles había llegado hasta nosotros en Quillota no recuerdo cómo, tal vez a través de *Claridad*. ¿No había sido él quien colocara la bandera roja en lo más alto del edificio de la universidad? Se mostró muy cordial...” González sería deportado por **Ibáñez** a la isla de Más Afuera, después sería senador socialista y rector de la Universidad de Chile.

La historia de Murga tiene un desenlace triste: “No alcanzó a terminar el año en Quillota. Enfermo de tuberculosis, de pronto se agravó y fue preciso trasladarlo a un clima más adecuado: San Bernardo”. Era ciudad de poetas y escritores enfermos: **Manuel Magallanes Moure**, **Januario Espinoza**.

“Murió a la entrada del invierno... Casi un decenio más tarde, hallándome en Madrid, me sobresaltó de pronto el pensamiento de que iban a enterarse diez años de la muerte de Murga y empecé a escribir a amigos comunes sobre la conveniencia de hacer una romería al pequeño cementerio de San Bernardo”. Y el acto se realizó. Ángel Cruchaga leyó un poema que comenzaba: “Aquí vino a morir Romeo Murga, / joven poeta de perfil herido...”

## En el Jote con Neruda

La revista *Zig-Zag* había abierto por allá por 1925, por iniciativa de Cruchaga, cuenta Délano, una especie de concurso permanente de poesía. Cada semana se publicaba un poema y su autor recibía como premio una pluma fuente, entonces un artefacto de categoría. Délano había publicado poemas en Quillota y en *La Estrella* de Valparaíso. Pero la consagración estaba en Santiago. Envío un poema y esperó. Por fin, una semana salió publicado. Délano después de muchos años le echaba una mirada a ese poema, y concluía: “No está mal, pero es nerudiano del primero al último verso. Era la avasalladora influencia de los *Veinte poemas de amor*, que por lo demás no se proyectaba sólo sobre mí sino sobre casi todos los poetas jóvenes”.

Conocer a Neruda era la obses-



Délano en una visita a China.



Vicente Huidobro, también figura en sus anécdotas.

sión de los adolescentes literatos. En un viaje a Santiago, se encontró con **Gerardo Seguel**. Este le dijo: “¿Quieres comer esta noche con Neruda? Consiguete dos pesos cincuenta y te vas a las ocho al Jote”.

Délano corrió a pedirselo a su hermana. Cuenta el encuentro:

“*El Jote* era un restaurante muy popular de la calle San

pléyade de poetas y artistas. Muchos ya lo imitaban y según un comentario de Alone, no sólo escribía, sino que vestían, hablaban, caminaban y vivían como Neruda.

“Repito que Pablo no habló mucho. Después de comernos el menú de dos pesos cincuenta, incluido el vino, Neruda nos invitó a ver una película al teatro Esmeralda, en San Diego con avenida Matta. Mientras iba toda la pandilla en el tranvía Matadero, que arrastraba por la calle Bandera y luego por San Diego, su espeso ruido de ferretería, me preguntaba yo de dónde iba a sacar Pablo dinero para pagar tantas entradas. Nada de eso. Era amigo del administrador y a una señal de éste, el portero se hizo a un lado y entramos catorce personas a la platea de una sala no muy llena. Estaban dando una de esas horrendas películas bíblicas de Cecil B. de Mille”.

Délano sigue con Huidobro: “Claro que lo admirábamos mucho, pero la leyenda, el aura

## En “Aprendiz de escritor”, Délano cuenta el mundo que conoció entre sus 17 y sus 27 años. El libro acaba de ser editado por Pluma y Pincel.

Pablo. Cuando llegué había una larga mesa ocupada por escritores y artistas. Allí vi por primera vez a Pablo Neruda y debo haberlo observado con mucha atención... Era muy alto y flaco, con cabellos oscuros... Una mirada a ratos lejana, perdida... Vestía un traje oscuro, el clásico sombrero alón y corbata negra larga y angosta. Esa noche no habló mucho. La conversación corría más bien a cargo de quienes lo rodeaban, una verdadera

que lo rodeaba, era la de un poeta francés. Pasaba largas temporadas en París, donde se hacía llamar Vincent Huidobro y donde había publicado una media docena de libros de poemas en francés... En las revistas chilenas se le incluía, naturalmente, pero más bien como a un huésped elegante y gentil”.

“Sin embargo”, sigue, “un día decidió instalarse en Santiago y dedicarse no sólo a la literatura sino a la política”.

Délano describe una velada literaria en la Asociación de Profesores, donde lo habían invitado a dar una conferencia sobre el creacionismo: “Era el poeta un hombre de color mate, con esa palidez de los aristócratas cuya sangre nunca se ha mezclado con la del pueblo; peinado al medio y vestido con elegancia. Tenía ojos de extraordinaria viveza y grandes, aunque no tanto como en el cine. Se expresaba muy bien sobre su materia. A ratos traducía algunos trozos de un libro suyo sobre el creacionismo y solía olvidársele una que otra palabra en castellano.

“—*Levier, levier...* ¿cómo se dice en español?—, le preguntaba a Pablo Neruda, que estaba sentado en la primera fila.

“—Palanca.

“—Eso es, palanca...—. Y proseguía la disertación”.

De **Benjamín Subercaseaux**, de quien fue amigo y quien, de regreso de uno de sus viajes, le trajo de regalo una pipa para fumar opio, Délano hace divertidos recuerdos. Elogia su *Chile o una loca geografía* y su novela *Jemmy Button*, le reconoce su cultura y sabiduría, pero *le para el carro* cuando lo siente poco auténtico:

“Recuerdo que un día discutimos. El había dicho: ‘Cuando yo vivía en París, como un estudiante pobre...’ Me sonó a demagogia y salté: ‘¡Qué estudiante pobre ni que nada! Cuando llegaste a Chile hacia el año 30, me mostraste fotografías de un yatecito que tenías en Francia. ¿Eso es ser estudiante pobre?’”.

De **Ramón Gómez de la Serna**, el escritor español, famoso por sus greguerías y sus extravagancias, Délano cuenta el percance que tuvo en Chile: “¿Quién no sabía que había dado una conferencia sentado en el trapecio de un circo? Los escritores y más que ellos, los snobs, lo festejaron. Yo asistí a una de sus conferencias, en que habló sobre los ‘medio seres’, invento suyo, e ilustró a estas personas presentándose con su ropa dividida verticalmente: la mitad blanca y la mitad negra.

“Entre los festejos que se le ofrecieron en Santiago hubo un almuerzo al que lo invitó un grupo de médicos y que Gómez de la Serna tuvo la debilidad de aceptar”. (Se me ocurre que entre los organizadores del festejo debe haber estado **Juan Marín**, que no sólo era escritor sino médico, aviador y otras cosas.) “Fueron a buscarlo al hotel algunos doctores con sus delantales, las mascarillas y los gorritos blancos que se ponen para operar, lo tendieron en una camilla, lo metieron en una ambulancia y lo llevaron a comer en la sala de operaciones de un hospital. En la mesa, el vino esperaba en probetas de laboratorio y los cuchillos eran bisturíes”.

Délano agrega que en Madrid Tomás Lago le habló con indignación de esa falta de respeto de los médicos chilenos. El no compartió ese juicio: “lo cierto es que éstos fueron a Ramón en su propio aceite”.

Puede usted seguir escuchando a Délano en este breve volumen titulado *Aprendiz de escritor*. Lo va a disfrutar. ■

indignación y comenzó a gritar: ‘¡Poetas con hambre! ¡Váyanse y no echen a perder la fiesta!’”.

Murga, egresado del Pedagógico, llegó al Liceo de Quillota, donde Rubén Azócar más tarde sería director. Los estudiantes pensaban que Romeo Murga era un seudónimo. Por el “Romeo” de Shakespeare, y “Murga” en alusión a las orquestas que se formaban para la fiesta de la primavera.

Romeo, que tenía 20 años, “para elegir sus relaciones no buscó entre los otros profesores del liceo, desde luego mayores que él, sino que se fijó en quienes usaban sombrero alón y copiaba a máquina poemas que aparecían en *Claridad*, la revista de la Federación de Estudiantes, donde Murga publicaba sus producciones”.

Formaron un grupo, y Délano cuenta la llegada de la compañía teatral en que trabajaba el poeta y actor **Pedro Sienna**, que filmase *El Húsar de la Muerte*. “Sienna”, dice, “usaba esas patillas llamadas chuletas, que en la época sólo algunos cocheros y algunos oficiales de caballería se dejaban crecer, y que a Sienna le daban un aire inconfundible de padre de la patria”.

## Alone, empleado público

Con Murga, Délano viajó a Santiago para las vacaciones de septiembre, en un vagón de tercera. Su emoción era indescriptible. Murga lo llevaría a ver a Neruda,

## CRONICAS DE LA EPOCA